

## GUERRAS CALLEJERAS.

Aeropuerto de Londres. Dos de la tarde del tres de agosto. Estaba siendo una de las semanas más

calurosas del verano y Marta estaba a punto de coger el, quizá, vuelo más importante de su vida. Viajaba de vuelta a España después de diez años en el extranjero. A sus dieciocho años aún se le hacía extraña esa sensación de libertad que no tenía desde que fue enviada a uno de los internados más conocidos de la capital inglesa.

Caminaba con paso firme a través de las personas agobiadas que corrían de un lado a otro. Su vuelo no salía hasta dentro de dos horas. Al llegar a la puerta de embarque dejó su equipaje de mano en el asiento. Cogió un poco de dinero de su monedero y caminó hacia la única máquina expendedora de la sala. Dedujo, por la gente que allí se encontraba, que el avión no iría muy cargado. Se trataba de un vuelo a Madrid, la ciudad donde vivía antes de ser enviada al internado londinense. Echó la cantidad necesaria para una barrita energética y volvió a sentarse en el banco a la espera de que abrieran las puertas. Sacó un libro de su mochila y se puso a leer. Al cabo de una hora de espera las puertas se abrieron y la gente comenzó a entrar. Una mujer que cargaba con un bebé y una mochila, discutía en voz alta con la azafata. Estaban armando un gran alboroto y pronto los guardias de seguridad tuvieron que hacer presencia para calmar a la mujer que gritaba desesperadamente. Los demás pasajeros nos adentrábamos en el avión a través de un túnel. Las quejas de aquella mujer ya no se escuchaban y el ambiente parecía estar más relajado. Las azafatas dieron la bienvenida al vuelo dos seis cinco destino Madrid y desearon buen viaje. Las dos horas y media que duraba el vuelo transcurrieron sin incidencias. La mujer que gritaba en la sala de embarque y su hijo habían conseguido entrar poco antes de que las puertas se cerraran y ahora bajaban del avión sin ningún problema.

Al bajar las escaleras del avión, una ráfaga de aire caliente la despeinó. Olvidaba el verano de Madrid, pensó Marta.

El aeropuerto de Barajas, al igual que el de Londres, estaba lleno de gente. Su familia no estaría allí para recogerla, como la de muchas otras personas, pero con el tiempo se había acostumbrado a la soledad y no le importó mucho.

Una vez fuera del aeropuerto, un coche de cristales tintados, totalmente negro, aparcado en un rincón del enorme parking llamó la atención de Marta que, con una sonrisa arrogante y paso decidido, abrió el maletero cerciorándose primero de que nadie se hubiera dado cuenta. Dejó la pesada maleta en el maletero. Rodeó la parte izquierda del lujoso coche y abrió la puerta trasera. Una vez dentro el coche arrancó y por fin Marta pudo relajarse.

Segura de dónde se encontraba y con quién, bajó la ventanilla del coche. Le gustaba la sensación del viento en su cara. Se sentía libre, sin problemas y sobre todo feliz, algo que no había experimentado desde hace diez años. Después de una media hora de trayecto, el coche se detuvo en frente de una enorme casa blanca con aspecto de ser muy lujosa. Otro de los beneficios de la agencia, se alegró Marta. Sin duda esta sería una buena forma de empezar una nueva vida.

Al otro lado de la ciudad las cosas no marchaban del todo bien. Para unos era un simple juego, para otros, cuestión de vida o muerte. Las calles, a esas altas horas de la madrugada parecían desiertas pero lo que nadie sabía es que importantes negociaciones sobre tratados de paz y acuerdos territoriales, estaban siendo acordados en aquellos momentos. Unas reglas imprescindibles para el sostenimiento de la ciudad.

Erik llegaba tarde y corría a más no poder por la calle Arenales hasta el cruce con Sol. Allí sólo si sabías lo que buscabas, podrías encontrar una pequeña anomalía en la vieja pared, un ladrillo mal puesto que servía de manivela de la puerta que conducía a un pequeño pasadizo que desembocaba en una lúgubre y sucia habitación. Allí, reunidos como cada quince de cada mes, los más importantes jefes de las bandas callejeras de Madrid discutían los acuerdos de paz. Cuando Erik llegó todo estaba en silencio, todas esas caras, unas más conocidas que otras, lo observaban con miradas acusadoras. El chico se disculpó y fue a sentarse en su lugar de siempre.

Estas reuniones siempre acababan igual, entre gritos y peleas a las tres de la mañana. Había que convocar estas reuniones prácticamente todos los meses ya que siempre se violaban las normas. Lo que nadie sabía es que una red clandestina de agentes infiltrados trataban de dismantelar todo aquello.

Todo el que estaba metido en aquellos temas sabía las rivalidades que se traían las dos bandas principales y lo que les llevó a ser los jefes de la ciudad. Contrabando de drogas y objetos ilegales pasaban por las manos de Óscar, el jefe del norte o, como todos allí le llamaban, el Rey. Por otro lado estaban los del sur, capitaneados por Arancha, una chica capaz de noquear al más fuerte y grande de los secuaces del Rey en tres segundos. Los de Arancha, eran los que más follón armaban. Hace pocos años toda la ciudad estaba controlada por el Rey, pero Arancha y unos cuantos más se revelaron. Estaban en contra de la compra venta de droga y objetos ilegales. Muchos otros, también estaban en desacuerdo con el Rey, pero el miedo por lo que este podría hacerles se quedaron a su lado.

Desde entonces el Rey y Arancha no pueden verse a solas ya que se matarían entre los dos.

Los ideales de Arancha consistían en un sistema político decente y un sistema judicial basado en la cadena perpetua y la pena de muerte. Podía hacer cualquier cosa con tal de manifestar sus opiniones. En ocasiones anteriores, su banda, aunque nunca dejó víctimas mortales y ni siquiera heridos, fue la responsable de los mayores desastres en las calles: contenedores incendiados, papeleras rotas, cristales de los coches destrozados, etc. Su objetivo era hacer entender a la sociedad que el gobierno era un fraude. Sus métodos, aunque exagerados y muy peligrosos, y sus grandes manifestaciones habían logrado convencer a mucha parte de la población madrileña. Esa red clandestina de agentes infiltrados estaba establecida en toda la ciudad, necesitaban reunir la información necesaria para saber sus siguientes pasos y poder responder con antelación y cautela.

Cuando Marta entró por la gran puerta, su mandíbula se estrelló contra el suelo. Sabía que iba a ser una mansión con todo tipo de lujos, pero lo que allí encontró fue mucho mejor que sus expectativas. Nada más atravesar el pequeño rellano, un gran salón se hacía presente. Los dos sofás de color marfil y con cojines de tonos rosados fueron lo que en ese momento más le llamó la atención ya que se encontraba cansadísima del viaje y necesitaba un sueño reparador cuanto antes. Se fijó en el techo. Una lámpara de tela de araña de un color dorado colgaba de él. Aunque pudiera pertenecer a otra época, no desentonaba nada con la habitación.

La casa tenía dos pisos más, uno abajo donde se encontraba el garaje y la sala de juegos con mesas de billar y juegos varios, y otra arriba dónde se encontraba el área familiar. Su habitación era de ensueño con cortinas blancas que daban a un balcón con unas vistas impresionantes a pesar de estar prácticamente en medio de la ciudad. Su cama, tradicional a la par que elegante y bonita, la estaba llamando a gritos y no tuvo mas remedio que tumbarse y dejarse caer a los brazos de Morfeo.

Se despertó con el horrible sonido del tono de llamada de su teléfono móvil. Se levantó perezosamente de la cama y cogió el móvil de su bolso.

-Marta.-contestó la chica.

-Hola, soy yo. Dentro de una hora paso con el coche a recogerte para llevarte a la agencia. Date prisa, es urgente.- la voz de Paco se extinguió sin dejar si quiera responder a la chica.

Eso lo duro de llevar una doble vida, unas veces son todo comodidades y otras se requieren algunos sacrificios.

Marta trabajaba en la misma agencia de espionaje desde hace tres años, cuando en Londres se vio metida en asuntos algo turbios y de los que sólo con la ayuda de los agentes de la agencia donde ahora trabajaba, pudo librarse. Desde entonces trabaja para Paco. Su destino anterior fue Londres ya que al estar estudiando en un internado de la ciudad y ser menor de edad, no podía ir a otro lugar. Nadie excepto sus compañeros sabía la doble vida que llevaba. Madrid fue uno de los destinos más importantes a lo largo de su carrera.

El coche negro con las ventanas tontadas volvió a aparecer en la calle una hora más tarde. Dentro se encontraba Paco. Este le estaba relatando los detalles de su nueva misión y de las consecuencias que traerían si las cosas no se hacían bien. Al parecer necesitaba reunir las pruebas suficientes para acabar con una de las bandas que manejaban la ciudad. Su líder se hacía llamar el Rey, y su misión consistía en acercarse a él y saber que era lo que tramaba. Agentes ya infiltrados les avisaron de que algo gordo e importante estaba por suceder y no podían arriesgarse a que destruyeran media ciudad.

Una vez especificados todos los aspectos de su nuevo encargo se dirigió a una dirección que su jefe le había dado, allí recibiría sus siguientes instrucciones.

Mientras tanto, no muy lejos de donde Marta se encontraba, Eric y algunos amigos charlaban amistosamente comentando los últimos retoques del plan. Después de haberse bebido su segunda cerveza, su móvil empezó a sonar. Era su jefa, al parecer un nuevo miembro se había incorporado a la misión y debía informarle de sus hallazgos hasta el momento. No estaba muy lejos con lo cual pudo ir andando hasta la dirección asignada.

Después de unos cuantos minutos andando, llegó a a su destino. Allí se encontró con una chica más o menos su edad, guapa, con una mirada inteligente y una chispa precavida en sus ojos verdes. De pelo castaño y porte atlético, la chica se encontraba apoyada en la fachada de un antiguo pero hermoso edificio.

Marta escrutaba la multitud en busca de su contacto. Se percató que un chico rubio, bien vestido de ojos azules y mirada seria estaba parado a unos metros de ella.

Tendría aproximadamente dieciocho años. A medida que ella más le miraba, el se iba acercando. Cuando quedaron a una distancia prudencial uno de otro, el chico se subió la manga de la chaqueta enseñando el tatuaje tan conocido para ella, que llevaba en la muñeca. La chica sin pensárselo dos veces, se dejó ver el suyo que se encontraba en la muñeca también. Ambos pertenecían a la agencia y una de sus obligaciones era tatuarse aquel símbolo que sólo los jefes de más poder sabían de su significado.

Después del periodo de las presentaciones, Marta y Erik se sumieron en una conversación sobre el trabajo en cuestión.

Resulta que Erik lleva alrededor de medio año infiltrado en la banda de Arancha y pese a ser el mas novato, conoce todos y cada uno de sus movimientos. A ella le tocaría la parte más complicada, ya que el Rey es un hueso duro de roer y no es tan fácil ganarse su confianza.

Después de este encuentro, cada uno se fue a su casa. Marta consiguió a través de Paco dos de los posibles pisos francos del Rey.

El principal objetivo de Marta era desmantelar sus negocios de drogas sin llamar la atención. Se encamino hacia el piso que mas cerca estaba. En plena Gran Vía nadie iba sospechar que una de las personas más temidas de la ciudad tuviera su piso franco, eso demostraba que era un hombre inteligente y muy previsor. Se encaminó hacia el lugar, pero con lo que Marta no contaba era con que nada más entrar, muy sigilosamente ya que fue entrenada para ello y dejando inconscientes a los guardaespaldas que había en la puerta, no se encontraría con un cuarentón feo y sin arreglar como se lo había imaginado. Ante ella se encontraba un chico atractivo de unos veinte años realmente guapo que la miraba con ojos atónitos y extrañados. Pero esa sensación de confusión no fue lo único que sintió, al verle, algo en su interior se removió, algo la decía que no debía fiarse de las apariencias y que mantuviera esa fachada fría que tantos años tardó en construir; pero otra cosa mucho más fuerte la incitó a acercarse más, advirtiéndola de que este hombre no era como los demás y no podía caer en sus redes. Pero una vez más, el corazón le jugó una mala pasada.

Comprendió sin quererlo el significado de un flechazo. Comprendió que esta misión podía ser su perdición.

CONTINUARÁ...